

Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939–1953), de Fernando Hernández Sánchez

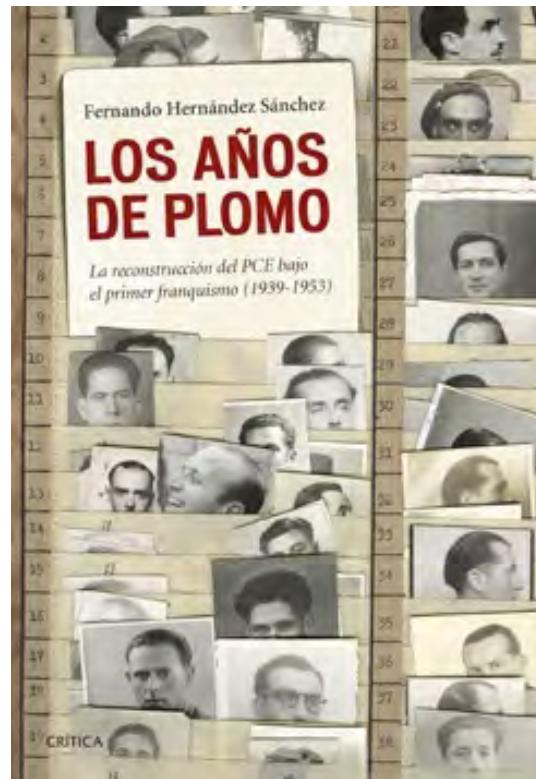
Víctor Manuel Santidrián Arias

Fundación 10 de Marzo

Ya han pasado no pocos años desde que alguien decidió poner fin a la Historia. Sin embargo, el fantasma del comunismo se obstina en no desaparecer. Quizás por ello, en los últimos tiempos no es infrecuente leer atrevidas columnas que comparan, por ejemplo, a Juan Goytisolo con Maurice Thorez (!!!), o declaraciones políticas que aventan el legado de las dictaduras comunistas para descalificar las propuestas de la izquierda heredera de la tradición comunista española.

Frente a tanta palabrería fácil, hay historiadores que trabajan pacientemente para desentrañar la Historia —la del comunismo, la de los comunismos y otras muchas— apoyando sus investigaciones en la búsqueda minuciosa de los documentos de archivo. Es el caso de *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939–1953)* (Crítica, 2015), una historia del Partido Comunista de España en esos duros años de la historia española. Nos llega de la mano de uno de los mejores conocedores de esta organización, Fernando Hernández Sánchez, autor de libros tan sólidos como *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, Ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio* (2007) o *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil* (2010), por citar solo los directamente relacionados con el PCE. Son publicaciones que han hecho de este profesor universitario un referente. Con *Los años de plomo* Fernando Hernández consolida esta posición.

El libro que aquí comentamos «narra una historia dura». Los años del primer franquismo fueron duros para (casi) toda la población española. También lo fueron para la militancia comunista, que se vio sometida a persecución, cárcel y muerte por la dictadura a la que



Fernando Hernández Sánchez, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939–1953)*, Crítica, 2015.

combatía. Al mismo tiempo, quien dentro de las filas del Partido Comunista fue considerado disidente, también vivió años duros por el trato a que fue sometido por su propia organización. Este trato fue resultado del «estalinismo maduro» que impregnó todas las estructuras del PCE, según Fernando Hernández. Santiago Carrillo —pero no solo él— fue el principal exponente de ese estalinismo maduro que supeditó el comunismo español a las necesidades de la URSS de Stalin, una de las propuestas más interesantes del libro.

Las páginas de *Los años de plomo* ofrecen informaciones sobre la trayectoria del PCE a veces conocidas por otras obras, que, en ocasiones, han distorsionado deliberadamente la realidad. La investigación de Hernández Sánchez recurre de forma constante a las fuentes primarias, en muchos casos procedentes del archivo del PCE, «que se muestra abierto en canal para quien quiera profundizar en su historia». Con ello *Los años de plomo* supera las aportaciones tanto de la «literatura de combate franquista» como las de estudios posteriores, algunos de los cuales presentan problemas metodológicos. En ese sentido, *Los años de plomo* convierte en innecesaria la cita de muchas de aquellas publicaciones consideradas hasta no hace mucho referencias bibliográficas.

Por otro lado, Hernández Sánchez es buen conocedor de las investigaciones que sobre el PCE se han publicado en los últimos años. Son ya tan abundantes —y más si, como es deseable, se aplican metodologías de historia comparada entre los partidos comunistas— que resulta prácticamente imposible para una sola persona abarcar todo lo escrito. El cruce de datos nos permite, sin duda ninguna, tener una visión más panorámica del mundo comunista.

El libro de Hernández está organizado en capítulos que estudian la reconstrucción del PCE de forma cronológica. Comienza por el exilio de 1939 y termina a mediados de la década de los años cincuenta, cuando la convergencia de factores internos y externos a la organización comunista, harán que PCE se convierta en la fuerza hegemónica del antifranquismo en los años sesenta y setenta. Pero esas décadas no son objeto de estudio de *Los años de plomo*.

A lo largo de doce capítulos, el autor disecciona el improvisado exilio comunista del 39, con la consiguiente diáspora de militancia y dirección, la situación de quienes permanecieron en el interior, las directrices de la lucha contra la dictadura, la guerrilla, el cambio de estrategia marcado por los inicios de la Guerra Fría, las purgas para disciplinar e homogeneizar formas de actuar, la persecución de quien fue considerado falso camarada... todo ello dentro de un proceso que dejó las estructuras del partido en tal estado de «devastación» que, para Hernández Sánchez, la época fue de años perdidos.

El relato de *La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo* remata en un capítulo, «Vísperas de transición», que, como en cualquier momento de cambio, presenta unos límites cronológicos más bien difusos. Arranca en 1948, cuando Stalin se entrevistó con los dirigentes españoles para recomendarles «paciencia» en la lucha contra el franquismo, apostando por una estrategia —la infiltración en los sindicatos verticales, lo que no era una novedad— que, una vez más, supeditaba los intereses de los comunistas españoles a los de la URSS de Stalin. Fue el periodo de la desarticulación del movimiento guerrillero, de los ini-

cios del conflicto que enfrentaría a «viejos» y «jóvenes» dentro de los órganos de dirección, del V Congreso... Es un periodo insuficientemente conocido en el que queda todavía camino por recorrer.

El panorama se nos presenta de tal manera —intentos de reconstrucción del partido, caídas, nuevos intentos de reconstrucción, actuación de las fuerzas represivas, policía infiltrada, purgas, tensiones en los órganos de dirección...— que el lector puede tener la tentación de preguntarse cómo fue posible que, poco o mucho, la militancia comunista fuese capaz de enfrentarse a la dictadura y, sobre todo, cómo aceptó las errantes consignas que emanaban de la dirección. En *Los años de plomo*, como hemos dicho, se presenta como máximo responsable a Santiago Carrillo, maestro, además, en reinterpretar la historia en función de las (sus) necesidades del momento —algo, por cierto, que no es exclusivo del líder comunista español y que, en buena medida, es inherente al género memorialístico—. Es conveniente reflexionar, no obstante, sobre el hecho de que si bien Carrillo se encontraba «en los inicios de un liderazgo», en ningún libro estaba escrito, por mucha ambición que se le presumiera, que acabaría siendo un secretario general de tan larga trayectoria. Eso lo sabremos muchos años después de los hechos analizados en el libro.

El autor señala con acierto que «La historia de la reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo no puede ser solo ni principalmente la de su estructura organizativa», también es la «historia de los comunistas». Por ello no son pocas las páginas en las que aparecen esos comunistas de a pie, generalmente gracias al análisis de los informes depositados en el Archivo del PCE. Posiblemente es necesario profundizar en esa línea a través de las memorias de esos militantes que pocas veces aparecen en las historias generales de la organización; son numerosas las que han sido publicadas en los últimos años —y más deberían ser publicadas— porque su testimonio puede servir para conocer con mayor profundidad muchas de las situaciones explicadas en este libro. Puede que ello nos lleve a comprender mejor cómo asumieron los virajes de su Partido, cómo asumieron los riesgos que suponía la lucha clandestina. Una posible respuesta ya fue formulada por Maurice Duverger en 1951, cuando propuso analizar los partidos comunistas como si de una religión —eso sí, «religión secular»— se tratase. *Los años de plomo* asume en algún pasaje esa interpretación y, además, compara la reconstrucción del PCE con Sísifo. Para el lector no iniciado en esta historia puede resultar sorprendente la necesidad de apelar al mito —el *Bandera Roja* de David Priestland de hacer a los comunistas herederos de Prometeo...— para explicar el comportamiento de la militancia de una organización que se decía del socialismo científico; contradicción entre mito y ciencia que Hernández Sánchez resuelve, como ya hemos indicado, con la apelación al «estalinismo maduro».

Como hace cualquier obra de calidad, *Los años de plomo* suscita debates, abre nuevas vías de investigación o invita a tomar iniciativas. Por ejemplo, la historiografía está necesitada de una biografía reposada de Santiago Carrillo. Además, es necesario conocer con más detalle qué pasó en todas las organizaciones territoriales —Madrid, por razones obvias, se conoce con bastante detalle—. No era lo mismo ser comunista español en Moscú que en

Madrid, como reconoce Fernando Hernández. Es posible que tampoco fuera igual ser comunista en Madrid que en Santiago de Compostela, por ejemplo.

Por otro lado, el lector atento —la política editorial de enviar la referencia de las citas a las páginas finales del libro no anima a su consulta— observará que el autor utiliza como fuente las memorias de Vicente Uribe o las de Vicente López Tovar, personajes fundamentales en la historia del comunismo español. De no existir problemas relacionados con la propiedad intelectual, deberían estar publicadas hace años. Si bien es verdad que los tiempos no parecen ser los más apropiados para ediciones en papel de este tipo de materiales, es posible publicitarlos a través de las facilidades que ofrece la red.

Hernández Sánchez acaba la introducción de esta historia del PCE en los años del primer franquismo con una cita de Brecht en la que el escritor alemán pide pensar en su generación, la de muchas de las personas que protagonizaron *Los años de plomo*, «con indulgencia». Pues bien, no sobra acabar estas líneas reproduciendo otra cita, ahora de Hobsbawm, que en su *Política para una izquierda racional* (1995) se muestra «reacio a renunciar a su pasado». El historiador británico se opone a renegar de sus camaradas porque «decidieron dedicar sus vidas a una gran causa aun cuando actuasen de forma equivocada». Y remata: «Quizás ahora esta causa no se lleve a cabo tal como lo imaginábamos entonces, cuando todavía creíamos en la revolución mundial. Pero de nosotros no se podrá decir que ya no creemos en la emancipación de la humanidad».

